

De la Democracia en América

CAPÍTULO PRIMERO

Configuración exterior de la América del Norte.

La América del Norte dividida en dos vastas regiones, la una descendente hacia el Polo y la otra hacia el Ecuador.—Valle del Misisipi.—Rastros que allí se hallan de revoluciones del Planeta.—Costas del Océano Atlántico, en las cuales se han fundado las colonias inglesas.—Diferentes aspectos que presentaban la América del Sur y la del Norte al hacerse su descubrimiento.—Foresta de la América del Norte.—Praderas.—Tribus errantes de los indígenas. Su aspecto exterior, sus costumbres, su lengua.—Vestigios de un pueblo desconocido.

La América del Norte, presenta en su configuración exterior, líneas generales que es fácil distinguir al primer golpe de vista.

Una especie de orden metódico ha presidido á la separación de las tierras y las aguas, de las montañas y los valles. Una alineación sencilla y majestuosa revélase allí, aun en medio de la confusión de los objetos y la extrema variedad del paisaje.

Dos vastas regiones se la dividen casi por igual. Tiene la una por límites el Septentrión, el Polo Ártico; al Este y al Oeste los dos grandes Océanos. Se prolonga luego hacia el Mediodía, y forma un triángulo, cuyos lados, trazados con irregularidad, se encuentran por bajo de los grandes lagos del Canadá.

La otra región comienza donde acaba la primera, y se extiende por todo el resto del Continente.

La una está ligeramente inclinada hacia el polo; hacia el Ecuador, la otra.

Las tierras comprendidas en la primera región descienden al Norte, formando un plano inclinado tan insensible, que bien podría decirse que forma una llanura. En el interior de este vasto terraplén no se encuentran ni altas montañas ni profundos valles.

Las aguas serpentean allí como al azar. Los ríos se mezclan, se aproximan, se apartan, se encuentran de nuevo, se pierden en mil pantanos, se ocultan á cada instante en medio de un húmedo laberinto vegetal, que ellos mismos han creado, y no llegan á los mares del polo, sino después de formar innumerables circuitos. Los grandes lagos que terminan esta primera región, no están encajonados, como la mayoría de los del Antiguo Mundo, entre rocas ó colinas. Sus riberas son planas, y sólo se elevan algunos pies por encima del nivel del agua. Cada uno forma, pues, como una vasta copa llena hasta los bordes; los más ligeros cambios en la estructura del mundo, precipitarían su caudal hacia el lado del polo ó hacia el mar de los Trópicos.

La segunda región es más accidentada y más á propósito para ser morada permanente del hombre. Dos largas cadenas de montañas la dividen en toda su longitud. La una, con el nombre de montes Alleghanys, se extiende por los bordes del Océano Atlántico, y la otra corre, paralela á ésta, al mar del Sur.

El espacio comprendido entre estas dos cadenas de montañas, abarca 228.843 leguas cuadradas (1). Su superficie es, pues, alrededor de seis veces mayor que la de Francia (2).

Este territorio, tan vasto, no forma, sin embargo, más que un solo valle, el cual, descendiendo de la redonda cima de los montes Alleghanys, remonta, sin hallar obstáculo, hasta las cimas de las Montañas Rocosas.

En el fondo del valle surge un inmenso río, hacia el cual corren por todas partes las aguas que descienden de las montañas.

Antiguamente los franceses denominaron á esta caudalosa corriente, río de San Luis, en memoria de la patria lejana, y los in-

(1) 1.341.649 millas. Véase *Darby's view of the United States*, página 469. He reducido estas millas á leguas de 2.000 toesas.

(2) Francia tiene 35.181 leguas cuadradas.

dios, en su pomposo lenguaje, le han llamado el Padre, el Misisipí.

Este río tiene su nacimiento en el límite común de las dos grandes regiones de que antes he hablado, hacia la parte más alta de la planicie que las separa.

Cerca de él nace otro río (1) que va á desaguar en el mar polar. El Misisipí parece, durante alguna parte de su curso, que se halla incierto del camino que debe tomar. Muchas veces vuelve sobre sus pasos, y sólo cuando ha detenido su curso por entre los lagos y los pantanos, parece emprender su ruta de un modo decidido hacia el Mediodía.

Ora deslizándose tranquilo por el lecho arenoso que le ha formado la Naturaleza, ora batido por la ventolera, el Misisipí recorre un trayecto de más de mil leguas (2).

Seiscientas leguas (3) antes de su embocadura, el río tiene ya una profundidad media de 15 pies, y barcos de 600 toneladas se remontan por él, en un trayecto de doscientas leguas.

Cincuenta y siete grandes afluentes navegables desaguan en él, entre los cuales se halla un río de 1300 leguas de curso (4), otro de 900 (5), otro de 600 (6), otro de 500 (7) y cuatro de 200 (8), sin hablar de una multitud de arroyos que acuden por todas partes á desaparecer de su seno.

El valle que riega el Misisipí parece que ha sido creado para él sólo. Él dispensa á voluntad el bien y el mal; es como el Dios de aquel paraje. En los alrededores del río, la Naturaleza desarrolla una insuperable fecundidad; á medida que uno se va retirando de sus riberas halla que las fuerzas vegetales amenguan, las tierras se van esterilizando y la floresta languidece ó se extingue. En ninguna parte las convulsiones del globo han dejado huellas más

(1) Río Rojo.

(2) 2.500 millas, 1.032 leguas. Véase *Description des États Unis*, por Warden, vol. I, pág. 166.

(3) 1.364 millas, 563 leguas. Véase *idem*, vol. I, pág. 169.

(4) El Misuri. Véase *idem*, vol. I, pág. 132 (1.278 leguas).

(5) El Arkansas. Véase *idem*, vol. I, pág. 188 (877 leguas).

(6) El río Rojo. Véase *idem*, vol. I, pág. 190 (598 leguas).

(7) El Ohio. Véase *idem*, vol. I, pág. 192 (490 leguas).

(8) El Illinois, el San Pedro, el San Francisco, el Moingona.

evidentes que en el valle del Misisipí. El aspecto de todo el país atestigua del trabajo de las aguas. Su esterilidad, como su abundancia, obra es de éstas. Las poderosas corrientes del Océano primitivo acumularon allí grandes lechos de tierra vegetal, que las aguas del río han ido con el tiempo nivelando. Se hallan en su ribera derecha amplias explanadas de superficies, tan llanas como las de un campo sobre el cual hubiera hecho el labrador pasar su rulo, y á medida que se va uno aproximando á las montañas, el terreno se hace sinuoso y estéril; el suelo se halla, por decirlo así, dividido en mil parajes, y las rocas primitivas aparecen acá y allá como la osamenta de un esqueleto, después que el tiempo ha consumido de él la envoltura de carne. Una arena granítica y piedras de figuras irregulares cubren la superficie de la tierra; algunas plantas desarrollan á duras penas sus brotes, por entre los obstáculos. Diríase que aquéllo es un campo fértil cubierto por las ruinas de una edificación inmensa. Si se examinan tales arenas y tales piedras, fácilmente se halla una semejanza íntima entre la substancia de ellas y la correspondiente á las cimas áridas y quebrantadas de las Montañas Rocosas. Después de haber precipitado las tierras en el fondo del valle, las aguas han arrastrado también consigo una parte de las rocas de aquellos montes. Las hicieron rodar hacia las pendientes más cercanas, y después de haber quebrantado las unas sobre las otras, sembraron la base de las montañas con los trózos arrancados á sus moles (A).

El valle del Misisipí es desde todo punto de vista la morada más grandiosa que Dios ha dispuesto para habitación del hombre, y, sin embargo, se puede afirmar que aún no es más que un inmenso desierto.

Sobre la vertiente oriental de los Alleghanys, entre el pie de estos montes y el Océano Atlántico, se extiende una larga faja de rocas y de arenas, que parece haber dejado allí el mar olvidadas, al retirarse. El territorio éste, solo tiene 48 leguas de anchura por término medio (1), pero su longitud es de 390 (2). El suelo, en esta parte del continente americano, es, á malas penas, cultivable. La vegetación en él es débil y uniforme.

(1) 100 millas.

(2) Alrededor de 900 millas.

En este lado inhospitalario es donde se han concentrado desde luego los esfuerzos de la humana industria. En esta lengua de árida tierra es donde se fundaron y fomentaron las colonias inglesas que habían de venir á ser los Estados Unidos de América. Es aún aquí donde se halla hoy el emporio del poder, mientras que más allá se acumulan, casi en secreto, los verdaderos elementos del gran pueblo, al cual pertenece sin duda el porvenir del continente.

Cuando los europeos llegaron á las playas de las Antillas, y más tarde á las costas de la América del Sur, creyéronse transportados á las regiones fabulosas que habían sido celebradas por los poetas. La mar, centelleante por el fuego de los trópicos, á través de la transparencia de sus aguas, mostraría, por primera vez acaso, á las miradas de los navegantes, la inmensidad de sus abismos (1). Acá y allá se manifestaban pequeñas islas perfumadas, que semejaban flotantes cestas de flores, sobre la tranquila superficie del Océano. Todo lo que en estos encantados lugares se ofrecía á la vista, parecía preparado para satisfacer las necesidades humanas y calculado para los placeres. La mayoría de los árboles hallábanse cargados de succulento fruto, y los menos útiles á los hombres alegraban la vista con sus brillantes y variadísimos colores. En una floresta de olorosos limoneros, de higueras salvajes, de mirtos de redondeada hoja, de acacias y laurel rosa, entrelazado todo ello por floridas guirnaldas, una multitud de aves, desconocidas en Europa, hacían centellear sus pintados plumajes, y uníase el concierto de sus voces á las armonías de aquella naturaleza llena de movimiento y de vida (B).

La muerte se ocultaba tras aquella brillante capa y no se la percibía fuera de ella, y reinaba en el aire de aquel ambiente, no sé qué influencia enervante que sujetando á los hombres al presente, les inspiraba indiferencia respecto al porvenir.

(1) «Son las aguas de tanta transparencia en el mar de las Antillas — dice Maltebrun en su Geografía, vol. V, pág. 726 — que se distinguen los corales y los peces á 60 brazas de hondura. El bajel parece navegar en el aire; una especie de vértigo se apodera del viajero, cuyas miradas penetran á través del cristalino flúido en medio de submarinos jardines, donde las conchas y los dorados peces brillan entre mantos de fucos y de algas marinas.

La América (1) del Norte apareció bajo diferente aspecto: allí era todo grave, serio, solemne; se hubiera podido decir que se había creado para ser el reino de la inteligencia, como la otra el de los sentidos.

Un Océano turbulento y brumoso envuelve sus costas. Altas rocas y playas de arena la sirven de cinturón; los bosques que cubren sus terrazgos ostentan un follaje sombrío y melancólico, y en ellos no crecen otras variedades forestales casi, más que el pino, el cedro, el enebro, la oliva salvaje y el laurel.

Después de atravesar esta primera zona, el descubridor penetraría en las sombras de la central foresta, donde hallaría reunidos los árboles mayores que puedan crecer en los dos hemisferios. El plátano, la catalpa y el chopo de Virginia, entrelazan sus ramas con las del roble, el haya y el tilo.

Igual que en los bosques sometidos á la mano del hombre, no cesaría en éstos la muerte de acometer; pero aquí nadie levantaría las ruinas que aquélla fuera dejando, y se acumularían unas sobre otras, sin que fuera la acción del tiempo bastante á destruirlas, convirtiéndolas en polvo, dejando libres nuevos emplazamientos. Pero en medio de esta destrucción, la acción reproductora se repite sin cesar y las plantas trepadoras, y la hierba de toda especie se abren camino á través de los obstáculos; rastrean sobre los tendidos troncos de los árboles abatidos, se asientan sobre el polvo de ellos, remueven y quebrantan la mustia corteza que los cubre aún, y facilitan así el camino á sus jóvenes retoños. De este modo la muerte prestaba su ayuda al desenvolvimiento de la vida. Se hallaban la una en presencia de la otra; parecía que habían querido mezclar y confundir sus respectivas obras.

Este bosque, entrañando una densa sombra y mil arroyos cuya corriente no había regido aún la mano del hombre, mantenía una humedad perenne; y apenas si allí podría verse alguna flor, algún fruto salvaje ó ave alguna.

(1). Nótese bien que este autor usa por lo común antonomásticamente el nombre América, empleándolo para designar el territorio que ocupan los Estados Unidos de la América del Norte, así como suele llamar americanos á los súbditos de esta confederación.—
(N. del T.)

La caída de algún árbol volcado por las aguas, la catarata de algún río, el mugido de los búfalos y el silbar de los vientos solamente turbaban aquel silencio natural é imponente.

Al Este del gran río, el bosque desaparecía en parte, y en su lugar extendíanse praderas sin término. ¿Es que la Naturaleza, en su variedad infinita de manifestaciones, había rechazado la simiente reproductora de los árboles, ó más bien que la foresta que cubriera estas fértiles campiñas había sido destruída por la mano del hombre, en tiempos lejanos? Esto no lo han descubierto ni la tradición, ni las averiguaciones de la ciencia.

Tales inmensos desiertos no se hallaban por completo privados de la presencia del hombre: algunos pueblos salvajes erraron durante siglos en las sombras de aquellos bosques ú hollaron el pasturaje de las praderas. Desde la embocadura del San Lorenzo hasta el delta del Misisipí, desde el Océano Atlántico hasta el mar del Sur, los pueblos salvajes que allí había, tenían entre sí tales puntos de semejanza, que claramente atestiguaban de su común origen. Pero además diferían de todas las razas conocidas (1): no eran blancos, cual los europeos; ni amarillos, como la mayor parte de los asiáticos; ni negros, como los etíopes. Su piel era roja, largo y lacio su cabello, delgados sus labios y sus pómulos muy salientes. Diferían en las palabras las lenguas que respectivamente hablaban aquellos pueblos, pero eran las mismas para todas éstas, sus reglas gramaticales. Tales reglas separábanse de las que hasta entonces parecían haber presidido la formación de los idiomas entre los hombres.

(1) Después se ha descubierto cierta semejanza entre la conformación física, la lengua y las costumbres de los indios americanos del Norte y las de los tungusos y manchúes de la Mongolia, los tártaros y otras tribus nómadas de Asia. Los últimos ocupan una posición cercana al estrecho de Bering, lo cual permite suponer que en una época remota pudieron ir á poblar el continente, desierto á la sazón, de las Américas; pero la ciencia no está todavía en condiciones de poder esclarecer este punto. Véase sobre esta cuestión: Maltebrún, Geogrf., vol. V; las obras de M. Humboldt Ficher, *Conjeturas sobre el origen de los americanos*. Adair, *History of the Indians* (*).

(*) Dicho se está que el estado actual de la ciencia mucho más rica en datos para juzgar, y en lo que atañe á la crítica, más liberal y sutil, ha dado un nuevo valor á la conjetura sobre la historia étnica del Continente americano.—(N. del T.)

El idioma de los americanos era, al parecer, producto de combinaciones nuevas, y denunciaba por parte de sus inventores la realización de un esfuerzo de inteligencia, de que sin duda los indios de nuestros días no son capaces (C).

El estado social de aquellos pueblos difería también bajo muchos respectos de lo que se había observado en los pueblos del viejo mundo. Viéndolos, se diría sin titubeos que se habían multiplicado libremente en el seno del desierto, sin contacto alguno con razas más civilizadas que la suya. No había entre ellos las nociones dudosas del bien y del mal, ni la corrupción profunda que se mezcla de ordinario á la ignorancia y la rudeza, en los pueblos civilizados recaídos en la barbarie. El indio, á nadie sino á él debía sus virtudes, sus vicios, sus prejuicios; él era obra de sí mismo y había crecido en la independencia salvaje de su naturaleza.

La grosería de los hombres del pueblo en los países civilizados, no proviene solamente de que sean ignorantes y pobres, sino de que siendo tales, se hallan diariamente en contacto con hombres cultos y ricos.

La vista de su infortunio y su debilidad, que vienen á contrastarse á cada momento con la felicidad y el poder de cualquiera de sus semejantes, excita en su corazón la cólera y el odio. El sentimiento de su inferioridad y de su independencia les irrita y les humilla. Este interior estado del alma se refleja en sus costumbres y en sus palabras, mostrándose á la vez insolentes y bajos.

La verdad de esto se prueba por la observación, suficientemente. El pueblo es más grosero en los países aristocráticos que en los demás, en las ciudades populares que en los campos y pueblos rurales.

En aquellos lugares donde se encuentran hombres muy ricos y poderosos, los pobres y desvalidos se sienten como abrumados por su inferioridad; no descubriendo camino alguno por donde puedan aquistarse la igualdad ansiada, desesperan de sí mismos y se dejan arrastrar por los más inferiores sentimientos, hasta muy por bajo de lo que se debe á la dignidad humana.

Este efecto enfadoso del contraste de las condiciones diferentes, no se halla en la vida salvaje: los indios, á la vez que son todos ignorantes y pobres, son iguales.

Cuando los europeos arribaron por primera vez á la América

del Norte, los indios de aquí desconocían aún el valor de la riqueza y se mostraban indiferentes al bienestar que el hombre se proporciona con ellas. No eran groseros, sin embargo, había en su manera de proceder una reserva habitual y una especie de urbanidad aristocrática.

Dulces y hospitalarios en la paz, eran en la guerra feroces hasta más allá de lo concebible; el indio era capaz de dejarse morir de hambre por socorrer al extranjero que llamase de noche á la puerta de su cabaña, y arrancaba con sus propias manos los miembros á su prisionero. Los hombres de las repúblicas antiguas más famosas, no presenciaron ejemplos de más firme valor, no dieron almas de mayor orgullo ni tuvieron amor más indomable á la independencia, que los que encerraron en su seno los bosques salvajes del Nuevo Mundo (1). Los europeos no producirían gran impresión entre los indios al abordar á la América del Norte. Su presencia no produciría allí ni envidia ni temor. ¿Qué podía importársele á los indios de los recién llegados? Ellos vivían sin necesidades, sabían sufrir sin lamentarse y morir cantando (2). Como los demás miembros de la gran familia humana, estos salvajes creían en la existencia de un mundo mejor, y adoraban bajo diferentes

(1) Se ha visto entre los iroqueses, atacados por fuerzas superiores --ha dicho el presidente Jefferson en sus *Notas sobre la Virginia*, pág. 148,— á los ancianos desdeñar el huir y darse la muerte, como los antiguos romanos en el saqueo de Roma por los galos.

Más adelante, pág. 150 de la misma obra, el autor dice que no hay ni un sólo ejemplo de que un indio que haya caído en poder de sus enemigos, les haya pedido el perdón de la vida. Antes al contrario, procura atraerse la muerte de manos de sus vencedores, insultándolos y provocándolos de todas las maneras.

Esto que dijo Jefferson es de un gran peso por mérito personal del escritor, su posición particular y el siglo positivo y exacto en que vivía.

(2) Véase Charlevoix, *Histoire de la Nouvelle-France*; los *Voyages du baron de la Hontan*; *l'Histoire de la Louisiane*, por Lepage-Dupratz; *l'Histoire générale de la Virginie*, por el capitán Jhon Smith; *idem*, por Beverley; *l'Histoire de la Caroline*, por Jhon Lawson; *l'Histoire de New-York*, por William Smith; las *Lettres du R. Hecwelder*, *Transaction of the american philosophical society*, y, por último, las *Notas sobre la Virginia*, ya citadas.

nombres al Dios creador del Universo. Sus nociones sobre las grandes verdades eran, en general, sencillas y filosóficas (*D*).

Por primitivo que se le suponga al pueblo cuyo carácter venimos trazando, no se podría dejar de admitir que otro pueblo más civilizado, más avanzado que él, le haya precedido en las mismas regiones.

Una tradición oscura, pero extendida entre todas las tribus indias de las costas del Atlántico, nos enseña que en antiguos tiempos la morada de estas mismas poblaciones había estado situada al Oeste del Misisipí. A lo largo de las riberas del Ohío y en todo el valle central se hallan con frecuencia montículos elevados por la mano del hombre. Cuando se escava hasta el centro de estos monumentos, no se deja de hallar comúnmente huesos humanos é instrumentos extraños, armas, utensilios de todo género, hechos de metal y llamados á usos ignorados de las razas actuales.

Los indios de hoy no pueden dar noticia ninguna sobre la historia del pueblo desconocido, del que aquellas cosas son vestigios evidentes. Los indios que existían al tiempo del descubrimiento de las Américas, no podían decir sobre aquel misterioso pueblo nada sobre lo cual se pudiera fundar una hipótesis. Las tradiciones, estos monumentos perecederos y siempre renacientes del mundo primitivo, no proporcionan luz alguna sobre la cuestión. Y allí sin duda vivieron millares de semejantes nuestros. Pero ¿cuándo vinieron? ¿Cuál fué su origen, su destino y su historia? ¿Cuándo perecieron? Nadie podrá decirlo.

¡Es cosa admirable! Hubo pueblos que tan radicalmente han desaparecido de la superficie de la tierra, que hasta al recuerdo de su respectivo nombre se ha borrado de la memoria humana. Se han perdido sus idiomas, sus glorias se han desvanecido como un sonido sin eco; pero no sé si habrá ni uno solo que no haya dejado al menos alguna tumba en recuerdo de su paso por el mundo. ¡Así es que de todas las obras del hombre, la más durable es también la que retrata su nada y sus miserias!

Aunque el vasto país que acabamos de describir estuviese habitado por numerosas tribus de indígenas, se podría decir con razón, que al tiempo de hacerse su descubrimiento no formaba sino un desierto nada más. Los indios le ocuparían, pero no le poseían. Es por la agricultura como el hombre se apropia el suelo, y los

habitantes de la América del Norte sólo vivían de la caza. Sus implacables prejuicios, sus pasiones indómitas, sus vicios y más aún acaso sus salvajes virtudes, les librarán de una destrucción, en otro caso inevitable. La ruina de estos pueblos empezó desde el día en que los europeos abordaron á sus costas; ha continuado después y ha acabado de realizarse en nuestros mismos días. La Providencia, colocándolos en medio de las riquezas del Nuevo Mundo, parece que sólo quiso concederles sobre éstas un breve usufructo; ellos no estaban allí sino *esperando*.

Costas tan bien preparadas para el servicio de la industria, ríos tan profundos, el inagotable valle del Misisipí, aparecerían entonces como la cuna, todavía desocupada, de una gran nación.

Allí es donde los hombres civilizados debían procurar establecer la sociedad sobre fundamentos nuevos y, aplicando por primera vez teorías desconocidas hasta entonces ó tenidas por inaplicables, irían á darle al mundo un espectáculo para el cual la historia no lo había preparado.
